

MI VISITA A PAUL CLAUDEL

POR

Alfonso Letelier

LA noticia que nos daba el cable, no hace mucho, anunciando la muerte de Paul Claudel en París, hizo revivir en mi memoria, — esta vez con honda emoción, — cada uno de los pasos que dimos mi mujer y yo para llegar hasta el poeta. Nada más extraño a mi manera de ser que la curiosidad casi siempre de contornos periodísticos, típica de nuestro tiempo, por visitar a los personajes. Yo tenía que hablar con Claudel, debía pedirle su consentimiento, sus consejos e indicaciones, en fin, su aprobación al trabajo en que estoy empeñado de poner en música una de sus obras más representativas e importantes.

Reacio, pues, como soy, — ya lo he dicho, — a tal clase de visitas, la precisa razón que me impulsaba a hacerlo esta vez venció mi resistencia, la que luego había de cambiarse en una de las mayores satisfacciones de aquel viaje y constituir un beneficio incalculable para mi trabajo y para nosotros.

Claudel es cima inmortal de las letras francesas; se le ama y admira con la misma vehemencia con que se le rechaza. Su naturaleza de suyo rica se enriqueció aún más con todas las experiencias de un hombre en cuyo corazón anidó el amor como eje central de su existencia. Y así, por el camino del amor humano, llegó a la sublimación de todo amor y, un cierto día, se adentró en él la vislumbre de Dios: Claudel se había convertido.

En un ser cuyo espíritu planeaba tan alto, la ciencia de Dios, el amor de Dios, iban a vertirse en concepciones de una profundidad y belleza insospechadas. Se le reprocha su grandiosidad, su oscuridad, la acumulación de símbolos, no todos

felices, en la escena; se le critica la muchas veces excesiva proporción de su teatro, en fin, se le achaca el no ser bastante francés, como si el no serlo fuera una desventaja. Sin embargo, nadie queda frío con "Le soulier de satin", "L'Annonce faite à Marie" o con "L'Histoire de Tobie et Sara", obras con tal altas dosis de poesía y conocimiento de Dios y del hombre y de vivencias de fe que hacen vibrar al más frío.

Me adentré profundamente en el espíritu claudeliano cuando se representó en Chile, por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, "L'Annonce faite à Marie", versión que dirigieron, tradujeron y escenificaron mis amigos Etienne Frois, Fernando Debesa y Pedro Morthéiru. Se me encargó la música para dicha obra y fué entonces cuando, a medida que la estudiaba, que la comentábamos y que íbamos cogiendo más y más su profundo contenido y significación, sentí que mi música fluía sola, sin esfuerzo y como impulsada por algo que proyectaba mucho más de cuanto decía el texto. En aquella obra, envuelta en belleza y poesía, la maravillosa dualidad del hombre espíritu-materia, aparece tan natural. Terminé por amar a Claudel en su pensamiento y en su poesía sin reservas, y me llené de agradecimiento hacia él por haberme dictado la más íntima y la más querida de mis obras musicales.

Nos llevaban a Europa, ese año 1952, diversas y poderosas razones musicales, — aun cuando siempre sobran las razones para ello, — pero, indudablemente, el viaje se justificaba en esta ocasión. Y fué éste pródigo, como ninguno hasta entonces, en beneficios y satisfacciones espirituales.

Mientras en el Teatro de Champs Elysées se disputaban la escena el "Wozzeck" de Berg, "Edipo Rey" de Strawinsky, "Billy Budd" de Britten y otras obras de esta envergadura, que nos tenían el tiempo y la mente llenos, preparábamos nuestro viaje a Salzburg para asistir a los Festivales de la Sociedad de Música Contemporánea, donde se estrenaba una obra mía, al mismo tiempo que trataba de obtener una audiencia con Paul Claudel, que veraneaba en el Sur de Francia. El viaje desde París a Salzburg lo haríamos en auto en compañía de mi amigo y colega Carlos Riesco, atravesando Francia hacia el Sur, pues en la Borgoña está la casa veraniega del poeta.

Francia, país hermoso, posee un especial encanto en la

provincia. En pocos países la provincia es más provinciana en el buen sentido de la palabra; no es casualidad que Stendhal o Proust hayan escrito de manera prodigiosa y exhaustiva sobre ella. También Claudel amó la provincia y, aún cuando su poesía y su teatro trascienden a lo universal, evocó con maestría y emoción ese encanto indefinible y lleno de paz de la provincia francesa. Por fin, él mismo encontró refugio en ella y su casa de campo tuvimos que ir a buscarla allá, a la cuenca sur del Ródano, a Morestel. Brangue se llama el lugar, donde a la orilla misma del Ródano, a la vista del monte Jura y rodeada de castaños, se alza una casa grande, sobria, llena de años y de dignidad. Una parte de la casa es realmente muy antigua, pues data del siglo XIII; a ésta se ha agregado más recientemente un ala nueva, donde Claudel alojaba a sus nietos que veraneaban con él.

Llegamos a Brangue a las once de la mañana del día indicado para la entrevista, con un tiempo esplendoroso del mes de Junio, después de pernoctar en Bourg, silenciosa y bella ciudad que parecía dormir aún en el día.

La esposa del poeta nos recibió con la más exquisita cortesía y bien informada del objeto de mi visita. Luego, entramos al château por una de las grandes puertas-ventanas de una sala enorme en la cual ni el piano de cola, ni los grandes muebles, ni la cantidad de cuadros, objetos de arte y trofeos chinos en gran parte, lograban reducir ese espacio que indudablemente nuestra emoción hizo ver mayor que la realidad.

A los pocos momentos, apareció por una puerta interior la figura recia del poeta. Más bien bajo, de cuello grueso, de cabeza calva y redonda y, en general, de aspecto sencillo, hacía pensar en un campesino más que en un intelectual de su talla; sin embargo, su mirada, sus gestos, su voz y, por fin, su palabra, proyectan una fuerza tal que no cabía dudas ante quién estábamos.

Cuando él y su esposa nos invitaron a sentarnos, arreglé de manera de quedar frente a frente y en condiciones que la luz que entraba desde fuera cayera de lleno en su cara. Felizmente, así fué y no perdimos entonces ni un solo movimiento de su cara. Hablaba con lentitud, a medida que nos explicaba los trofeos chinos que en buen número adornaban la sala. No fué

difícil entrar en el tema que nos llevaba a interrumpir su descanso. El presentarme era tarea complicada. ¿Qué significa para un hombre como él un músico de un lejano país de Sud-América? Por fin comenzamos a hablar del "Tobías".

La unión superior que se produce entre dos seres que, sin conocerse y a distancia sufren, es el fondo de la "Historia de Tobías y Sara", nos dice; en la comunión del sufrimiento y del anhelo de liberación los seres parecen presentirse y conocerse por encima de las limitaciones corporales. "La Historia de Tobías y Sara la he concebido como teatro en que la música tiene un papel fundamental".

No solamente el texto en su aspecto poético es apto para ponerlo en música, — respondo — sino, además, los elementos que Ud. emplea, como el Coro y los recitantes, constituyen de por sí un llamado urgente a la música. "Sin embargo, no olvide en su trabajo — me advierte el poeta — que debe haber mucho parlamento, especialmente al fin del 2.º acto, cuando hablan los árboles del paraíso".

Le enseñé a continuación la partitura de lo que tenía escrito entonces y continuó indicándome detalles importantes sobre la matización musical de determinados pasajes y sobre la traducción.

En el terreno general del arte, expuso sus puntos de vista acerca de la indispensabilidad del contenido espiritual en cualquiera creación artística, especificando que aquél provenía de un sentimiento religioso y particularmente cristiano.

La comprensión de su arte dependía en gran medida de la fe del espectador. Me alentó mucho su aprobación del uso que he hecho en mi música para el "Tobías" de procedimientos modales y del carácter ya concretamente gregoriano y salmódico de todos los recitativos.

Me preguntó entonces cómo había resuelto lo relativo al contraste que debería existir — al musicar su obra — entre el "hablar" de los recitantes, del Coro y de los actores. El tratamiento musical que he hecho de esos tres elementos — recitantes, coros y solistas — se lo expliqué detenidamente, agregándole que la disposición y combinación que él estableciera para ellos era por completo musical.

Sus palabras de aliento, sus indicaciones y su aproba-

ción para proseguir el trabajo en que estoy empeñado me significaron mucho más que un halago: un poderoso estímulo para llevarlo a término.

Casi una hora estuvimos literalmente colgados de su palabra, siempre calmada y sustanciosa. Gozábamos tanto de su contenido como del misterioso respaldo que le daba vida. Su fe y cuánto de ella se desprende, informando su vida de hombre y de artista genial, nos llevaba a comprender esa exaltación espectacular de sus temas y de su estilo, que tanto se le discute.

No olvidábamos en nuestra visita llevarle algunos programas del estreno en Chile de "L'Annonce faite à Marie" por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, estreno que le referimos en detalle y aludiendo a la hermosa carta que él enviara para dicha ocasión. Se mostró interesadísimo en conocer todos los detalles que, por cierto, abundaron.

No nos pareció prudente prolongar más esa cálida y hermosa conversación (que bien pudo durar todo el día) y como sugiriéramos nuestro deseo de no cansarle más, nos dijo que él y su señora nos esperaban a almorzar. Nuestro itinerario de viaje nos obligaba a cruzar la frontera con Suiza a mediodía (Brangue está muy cerca de la frontera) y debíamos proseguir. Nos invitó entonces a dar un paseo por el hermosísimo parque que rodea la casa, y bajo enormes y viejos castaños tuvimos la oportunidad de escucharlo, aún esta vez, hablándonos de cada árbol, de cada planta. Nos despedimos del maestro bajo sus árboles, a la orilla de su río.

Claudel, a la par que un poeta superlativo, fué un hombre lleno de amor que supo legar a la posteridad el más vigoroso, elocuente, auténtico y bello mensaje de fe de nuestros días.